

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Correo de París*, por la Condesa de Almaviva.—*Maria de Médicis*, por D.^a Angela Grassi.—*Poesia*, por don Wenceslao Ayguals de Izco.—*La Cruz del Olivar* (conclusion), por D.^a Faustina Saez de Melgar.—*Teatros*, por D. Diego de Rivera.—*Labores*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 852 bis.—*Grabado de Labores*, núm. 63.

CORREO DE PARÍS.



PARÍS ofrece ya, mis queridas lectoras, ese aspecto cosmopolita que conservará seguramente mientras dure la Exposición. Basta dar un paseo por los boulevares desde la calle de Mont-Martre hasta la Magdalena, para oír hablar todos los idiomas del mundo y pasar revista á las diferentes razas humanas, ataviadas cada una con el traje característico de su país, desde el modesto fraq negro hasta el rico y ostentoso albornoz oriental. Todas las celebridades del mundo civilizado, así de la aristocracia y de la fortuna, como de las ciencias y las artes, se han dado cita para París, y si Talma resucitase hoy, podría representar como hace sesenta años ante un público de Reyes.

La circulacion va haciéndose imposible en los boulevares á ciertas horas del día, y aunque la locomotora no ha hecho todavía el último viaje de estos trenes de recreo que conducen á la gran ciudad, centro del movimiento europeo, á los expedicionarios de los climas mas remotos, los departamentos de Francia se despueblan entretanto por venir á esta gran fiesta universal.

Si la admiracion, la sorpresa, lo inseguro de sus pasos, son los caracteres que distinguen al extranjero del indigena, los provincianos se conocen mas particularmente por el modo embarazoso de su marcha cuando van muchos reunidos.

El parisiense habla sin dejar de andar: las grandes distancias que tienen que recorrer, el conocimiento de las calles que atraviesa, el movimiento rápido que lo rodea, imprimen á su marcha un paso rápido y ligero, y por viva que sea la conversacion que sostiene nunca se pára.

El provinciano al contrario, habituado á la calma y tranquilidad de su pueblo, no puede acostumbrarse á se-

guir rectamente su camino. Si el tiempo urge, corre y tropieza con todo el mundo: si no tiene prisa, si van dos ó mas juntos, se detienen á menudo en sus discusiones, es-poniéndose á cada paso á ser atropellados, ó impidiendo la circulacion de los demás.

Entretanto, todos los parisienses se ocupan de los extranjeros que nos visitan, y procuran que lleven á su país una alta idea de la hospitalidad y galantería francesas.

No nos detendremos á hacer á las lectoras de EL CORREO una revista de las maravillas de la Exposición; para ello se necesitaria una obra científica, y les recomendaremos la que con el título de *Paris-Guide* ofrece á los extranjeros la librería internacional.

Una de las cosas mas notables que encierra la Exposición es el Pabellon de la Emperatriz. Dedicado á una augusta dama que conserva entre el esplendor de su rango la afición á los placeres del campo, era preciso crear para ella un salon de descanso en el que, sin echarse de menos la riqueza del palacio, se respirase la frescura de la naturaleza: en suma, componer un poema rústico escrito en maderas, en telas y pinturas.

El poema representa la aurora, y necesita por consiguiente tintas suaves: el cielo, el pavimento, las paredes, todo el interior ostenta los suaves destellos de la alborada. La luz no parece entrar por las ventanas, sino por cuatro grandes lienzos de raso, en los que la pintura se destaca sobre un fondo impregnado del ténue y creciente resplandor del sol que nace.

El interior es octógono: los cuatro lados están ocupados por cuatro ventanas, de los que las dos son puertas: quedan, pues, otros cuatro lados que decorar. Cada uno de estos está cortado verticalmente en tres lienzos, uno grande y dos pequeños, unidos entre sí por una ensambladura

de sicomoro labrado. Los cuatro mas grandes representan: *el despertar del hombre; las aves; los animales; las flores.*

Estos asuntos están pintados sobre raso, y en la hipótesis, ideada por el artista, la luz no debe llegar sino hasta la mitad de la pieza. Este efecto está indicado sobre un tapiz rústico, sembrado de ramas de encina y de castaño. En la circunferencia el fondo es de un medio tono violado, que va iluminándose por grados hasta el centro, en donde el oro resplandece en una roseta de hojas y flores.

Las colgaduras, el cortinaje, los muebles, la araña, todos representan en sus dibujos flores, hojas y frutos. Flores pintadas se agrupan en los cuadros, encerradas en marcos de flores esculpidas.

A los lados de las ventanas hay jardineras de madera con molduras, que representan delfines, peces y conchas, con la mesa de piedra. Delante del balcon un buró, tambien de madera, con su pupitre, en cuya cubierta se representa un amercillo con los ojos vendados, separando á un lado á unas niñas curiosas: mas abajo se ve á Argos espiando su indiscrecion.

Todo cuanto la naturaleza produce de efecto mas encantador y risueño se encuentra reunido en esta mansion deliciosa.

El pabellon se halla situado en el Jardin reservado, donde se admira tambien el *Aquarium* gigantesco construido por Mr. Betencourt. Su aspecto es el de una gruta submari-

na, en cuyo centro, y como si no existiera el cristal que separa al espectador de los peces y plantas marinas, puede aquel observarlos detenidamente.

Otra de las curiosidades de la Exposicion es el teatro chino. ¿Son chinos verdaderos los que trabajan en él? Unos dicen que sí, otros que no. Poco nos importa si el espectáculo es divertido. Este se reduce á juegos de manos, de fuerza y de gimnasia, y como los espectadores están fatigados de correr todo el dia, se conforman fácilmente con hallar descanso y distraccion. Generalmente asisten á la representacion algunas jóvenes chinas, y éstas no pueden dudarse que han nacido en el celeste Imperio, al ver la curiosidad con que fijan sus melancólicos ojos azules en la abigarrada concurrencia.

Otro de los espectáculos que se esperan es el pugilato. Se anuncia el desembarque de boxadores ingleses. Gavarni ha pintado estas luchas salvajes, y no tienen derecho los que las presencián á motejarnos por nuestras corridas de toros, en las que á lo menos se hace gala de agilidad y destreza, y lo vistoso de los trajes de los lidiadores comunica, con la animacion general, una alegría expansiva de que carecen otras funciones.

Que me dispensen las bellas parisienses; no puede olvidarse de que ha nacido en las orillas del Bétis

LA CONDESA DE ALMAVIVA.

INSTRUCCION.

MARÍA DE MÉDICIS.

Es la vida un golfo, ya sereno, ya tormentoso: tan pronto las azules ondas se deslizan blandamente las unas sobre las otras, retratando en su tersa superficie las amenas perspectivas y la estrellada bóveda del cielo; tan pronto toman un color verdoso, mujen, se encrespan, giran en raudos torbellinos, azotando las rocas como si quisieran destrozarlas, ó levántandose en pirámides amenazadoras, como si quisieran unirse á las nubes para intentar la conquista de los cielos.

¡Ay del orgulloso! ay del soberbio que fia en los dones de la pérdida fortuna, en la estabilidad engañosa de su próspero destino!

¡Los cedros mas altos son arrancados de raíz por el viento tempestuoso, las fuertes torres se derrumban, y hasta las que creemos estrellas, porque esparcen en torno un fulgor brillante, se desprenden del cielo, caen y se reducen á polvo!

El hombre es un peregrino que va atravesando, ya por floridos valles, ya por ásperos y espinosos matorrales. Se deleita un instante con la hermosura del paisaje; pero da un paso, y el paisaje se convierte en lúgubre y sombrío.

Ya le embriagan los gorjeos de los pájaros que cantan en la enramada, ya le asustan los silbos de las serpientes escondidas en los bosques. Como la noche sucede al dia, como el invierno sucede á la bella primavera, así el mal sucede al bien, y á las risas bulliciosas las lágrimas amargas, y las amargas quejas.

¡Preciso es, pues, que el hombre imite á los israelitas que saboreaban el cordero Pascual, de pié y con el báculo en la mano, siempre dispuestos á emprender el viaje, para que pueda llegar como ellos á la tierra de Promision, al lugar de las eternas delicias y del reposo eterno! ¡Preciso es que no tenga demasiado apego, que no conceda demasiada importancia á los goces frívolos de un dia, á las grandezas pasajeras, los esplendores mentidos.

Cuando basta un solo punto á arrebatarnos la existencia, el mayor bien de cuanto poseemos; cuando una gota de sangre que se extravasa, una fibra que se quiebre, transforma el calor en hielo, el movimiento en quietud, la vida en muerte, ¿podremos acaso fundar nuestra pueril y loca vanagloria en un puñado de oro, polvo al fin que arrebatara el viento; en un seco y arrugado pergamino, en donde se enseñorea la vil carcoma.

¡Ah, no! El que se desvanece con su riqueza, con su poder, con su hermosura, es un insensato, que cierra de inten-

to los oídos á la voz augusta de los tiempos; que cierra los ojos á las escenas de eterna transformacion que se representan en el mundo. Basta abrir las páginas elocuentes de la historia para contemplar absortos el extraño cuadro que ofrecen los siglos: cayados que se convierten en cetros, diademas de oro que se vuelven de espigas, humildes plebeyos que visten túnicas de púrpura, Príncipes que se engalanan con los harapos del mendigo. ¡Flujo y reflujo incesante; incesante torbellino! Incansable rueda de la fortuna, que ya abate, ya enaltece, haciendo resonar por todas partes las risas y los gemidos, las plegarias dolorosas y los himnos de victoria.

Pero en medio de este oscuro caos brilla una luz vivísima: es la luz que descende del Sagrario eterno: allí está la dicha inmutable, los bienes que no terminan, los frutos que no caducan! ¡Dichosos los que avanzan en su camino, apurando con santa fortaleza, ya el néctar delicioso, ya la hiel amarga de su cáliz, fijos sus ojos en la divina luz, atentos tan solo al término feliz de su viaje!

Uno de los ejemplos mas terribles de la inconstancia de la suerte, es el que nos ofrece la Reina María de Médicis, esposa de Enrique IV, madre de Luis XIII, hija del Príncipe mas poderoso de Italia, á quien la Francia, y aun el mundo, acataban de rodillas.

¿Un solo ejemplo? ¡No! En su dolorosa historia se encierran dos, á cual mas sorprendentes, á cual mas lastimeros. El de la misma infortunada Reina, y el de sus favoritos Concini y su esposa, la célebre Leonor Galigai.

Cuando María abandonó las risueñas campiñas de Italia para subir al trono mas espléndido de la tierra, Leonor, hija de un humilde artesano, era una de sus mas ínfimas doncellas, era Concini uno de los gentiles hombres mas pobres y abatidos de Florencia.

Poco tiempo le bastó á la fortuna para elevarlos de tan precaria situacion á una situacion brillante. Muerto Enrique IV, cuando su heredero contaba apenas cinco años, declarada la Reina Regente, nombró ministro á Concini, que por medio de su esposa habia sabido granjearse su favor, y hacerse árbitro absoluto de su voluntad. Durante algun tiempo gobernó la Francia á su antojo, acumuló inmensas riquezas, y además del título de mariscal de Ancre, se condecoró con cuantas distinciones quiso soñar su fantasía.

Pero la fortuna que le habia elevado en un instante, le despeñó en un instante hasta el abismo. Su rápida elevacion le atrajo infinitos rivales; su desmedido orgullo millares de enemigos.

Conspiraron primero contra él, sin fruto, los grandes de la corte, los Príncipes de la sangre, y el mal resultado de su tentativa, no hizo mas que acrecentar los odios y exacerbar la saña. Valiéronse entonces de Luynes, favorito del jóven Rey, y tan bien y con tanto secreto manejó éste la intriga, que obtuvo un éxito completo. Concini fué asesinado por Vitry, la Reina tuvo que retirarse al castillo de Blois, que se convirtió para ella en cárcel, y á Leonor, acusada de hechiceria, la arrastraron al suplicio. Todos sus bienes pasaron al nuevo ministro Luynes, y solo quedó en el mundo de ambos esposos la memoria de su inmensa fortuna y su inmensa desventura.

Los tristes dias que pasó la Reina en su cautiverio, no

fueron mas que el preludio de los amargos que debia contar sobre la tierra.

Fija toda su atencion en los goces del poder, en el esplendor del trono, menospreciando los consejos de la prudencia, y no queriendo persuadirse de que su autoridad debia ceder ante la lejitima autoridad de su hijo, dió oídos á sus partidarios, enemigos del nuevo favorito, como quizás lo habian sido del antiguo, y permitió que levantasen un ejército en su nombre.

Luynes, que era de un carácter dulce y conciliador, queriendo evitar á toda costa los horrores de una guerra civil, se apresuró á entrar en tratos con ella, y llamándola á la corte, la hizo un recibimiento magnifico.

María no se contentaba con esto; queria ser el único sol que brillase en Francia; queria ser como antes, el árbitra absoluta, y mandar por sí ó por medio de sus hechuras. Opuso, por lo tanto, á Luynes el Cardenal de Richelieu, Obispo entonces de Luzon, muy agena de que debia hallar en él algun dia el mas inflexible de sus perseguidores.

Muy pronto consiguió el Cardenal reemplazar á Luynes en el afecto del Rey, quien le otorgó toda su estimacion y toda su confianza. Murió Luynes, acaso de pesar, antes de que perdiese totalmente el favor régio, y Richelieu le reemplazó en su cargo de Ministro, como le habia reemplazado en el corazon del Monarca.

Fué sin duda ninguna para bien de la Francia, porque con su advenimiento al poder renació la paz, floreció el comercio, prosperó la industria, se elevaron las ciencias á una altura desconocida, y adquirió la majestad real un nuevo lustre.

Pudo la Reina madre gozar de estos beneficios en la corte de su hijo, y disfrutar de todos los deleites que Richelieu se esmeraba en proporcionarla; pero su fatal sed de mando, su insaciable ambicion, la perdió otra vez y para siempre.

Los envidiosos del crédito de su antiguo protegido la preocuparon contra él, diciéndola que un hombre que la debía su elevacion, estaba obligado á obedecer cuanto ella dispusiera, bueno ó malo; que la menor resistencia, aunque fuese acompañada de todas las atenciones que pueden suavizar una negativa, era una ingratitud y una afrenta, y por último, que estaba en su mano derribar aquel coloso, que ella misma habia puesto sobre un pedestal tan alto.

—¡Sí! exclamó María en un momento de enojo; ¡yo sabré destruir el ídolo que he formado!

Aquellas palabras, pronunciadas delante de toda la corte, equivalieron á un cartel de desafío.

Empeñóse la batalla ruda, lenta y desastrosa, y María, contra todas sus esperanzas, fué vencida.

Al saber que iba á ser arrestada, abandonó precipitadamente la Francia, sin creer que nunca jamás debía volver á pisar sus floridos campos, ni á saludar su sereno cielo.

Pasó primero á Alemania, y despues á Inglaterra; pero por influjo de su enemigo, tuvo que abandonar aquellas playas para refugiarse en Bruselas. De allí la echaron á la Haya, y rechazada tambien de este último punto, la fué preciso buscar un asilo en Colonia.

Allí vivió algun tiempo la infeliz, abandonada de todos sus amigos, sin recursos, y hasta sin pan para el necesario

alimento. Las súplicas mas ardientes y mas humildes, no fueron bastantes para conmover al inexorable Ministro, ni conseguir de él el permiso para volver á Francia.

El suspicaz Richelieu, que temia su presencia en la corte, la negaba toda clase de socorros, temeroso de que se sirviese de ellos para poner las armas en las manos de sus partidarios. ¡Baja y rastrera política, que oscurece algun tanto el brillo de su gloria!

Sufrió la Reina sin ventura todos los horrores de la miseria, y llegó á tal extremo, que en los últimos dias de su

vida, se vió obligada á guarecerse en un granero, que la cedieron por caridad, y en él murió de hambre, de frio y de pesadumbre.

¡ Lo ambicionó todo y no tuvo nada! ¡ Espantosa leccion que debe servir de eterna enseñanza á los orgullosos, á los soberbios, á los que cifran su única gloria en bienes que están formados de humo, y basta á disiparlos una ráfaga de contrario viento!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

Ala Saucita

D.^a DOLORES TRILLO,

POR SU BRILLANTE ESTRENO EN EL TEATRO REAL.

Virgen bella y candorosa,
Que en tierna edad juvenil,
Pura, modesta y gentil,
Brillas al par de la rosa
Que orna y perfuma el pensil;

Cuando el rey de los tenores
Y la eminente Nantier
Te prodigan sus favores,
Mucho te han de enaltecer
Tan ilustres protectores.

No rompas jamás los lazos
De los egrégios artistas
Que te han abierto sus brazos!...
No la gloria que conquistas
Hagas ingrata pedazos!

Si la emponzoñada envidia
Se ceba en tu corazon,
Y en su estúpida agresion
Con armas vedadas lidia,
Mírala con compasion.

Nunca á la venganza apeles,
Ni tras la intriga altanera
Te cobijes ni abroqueles;
Y en tu gloriosa carrera
Ceñirás siempre laureles.

¡ Euterpe tus pasos guia!...
De tus labios virginales
Mana la dulce armonía;
Y derramas á raudales
Tesoros de melodía.

Con acento dolorido
Y alma de entendida actriz,
Das sublime colorido
Al corazon condolido
De Desdémona infeliz.

Y triste el arpa pulsando,
Copioso lloro vertiendo,
Frases de dolor cantando,
Las almas vas cautivando
Y el entusiasmo encendiendo.

Al escuchar los primores
Que destellan de tu acento,
Entre servientes clamores,
Copiosa lluvia de flores
Galardona tu talento.

De la plegaria sublime
Llega la mágica escena
En que tu pecho ora y gime;
Y cuando el dolor esprime
Recuerdas la Magdalena.

Llorosa y puesta de hinojos
Sobre el mármreo suelo,
Los ojos alzas al cielo,
Y brotan ¡ ay! de esos ojos
Lágrimas de desconsuelo.

Lágrimas que el corazon
Llenan de amargura y pasmo,
Lágrimas preciosas son
Que excitan el entusiasmo
Y alcanzan justa ovacion.

Sigue, angélica criatura,
La senda por donde vas
De esa gloria inmensa y pura;
Mas no te engrías jamás
De mirarte á tanta altura.

Nunca te halague el arrullo
De la vil adulacion ;
Que aun eres flor en capullo,
Y el hálito del orgullo
Empaña todo blason.

Si en mi afan y el de mi esposa
Notaste solicitud
Por tu elevacion gloriosa,
Nos bastan en premio, hermosa,
Tu cariño y gratitud.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

LA CRUZ DEL OLIVAR.

(CONCLUSION.)

Aquí llegaban de su conversacion las dos señoras, cuando sintieron rodar con rapidez un carruaje por las mal empedradas calles que circuan el jardin.

—¡Si será Enrique! exclamó Ada.

—¡Quién sabe si será el Marqués que venga á pedirte perdon! dijo la Condesa en tono de broma.

—¡Qué fastidio!... no me lo digas; exclamó Ada con un marcado gesto de disgusto.

El coche se detuvo á la puerta. Instantes despues apareció el Marqués en el jardin.

—¿Ves? dijo la Condesa; mira si tenia yo razon.

—Pues chasco se lleva; de Enrique ó de nadie; repuso Ada con seriedad, y manifestando en su rostro el profundo disgusto que sentia.

Empero el Marqués, sin mirarla siquiera, se dirigió precipitadamente á la Condesa, y la dijo con ansiedad: Perdóneme Vd., señora, si despues de lo que ha pasado, que ni á mí mismo me ha sido posible evitar, vengo á buscar á Vd., porque me trae un asunto del mayor interés.

—¡Caballero!... dijo la Condesa con severidad.

—¿No tenia Vd. otra hija además de Ada? exclamó el Marqués interrumpiéndola.

—Sí, señor; ¿pero á qué viene esto?

—Respóndame por piedad, va en ello mi dicha, la de usted, y la de ella.

—Pero, ¿quién es ella?

—Esa niña que Vd. perdió cuando era pequeña, ¿no es cierto? Dígame Vd. cómo fué aquello, y quizá yo sepa darle razon de su paradero, ó mejor dicho, de su fuga; porque ha huido de mí y no la encuentro por ninguna parte. ¡Oh, estoy loco!... ayúdeme Vd. á buscarla, no me queda duda de que es Vd. su madre, y no sé cómo no lo he adivinado antes, porque se parece á Vd. como se parecen dos gotas de agua.

—Vd. está loco y conseguirá enloquecerme á mí tambien: dígame Vd., por Dios, dónde está mi hija, mi querida Lucía, que perdí de tres años y no la he vuelto á ver?...

—Bien cerca la ha tenido Vd. y no la ha reconocido; es María, la hija del guarda Mauricio.

—¡Ella!... ¡Oh! ¿Será posible?... si el corazon me lo decia á voces, y yo no le hice caso!... exclamó la Condesa vertiendo lágrimas de alegría y de dolor al mismo tiempo: ¿y dónde está? Lléveme Vd. pronto á su lado.

—¡La he perdido!... no la encuentro por ninguna parte.

—¡Desgraciado! ¿Y á qué viene Vd. entonces á desgarrarme el corazon? dijo con angustia la pobre madre.

—¿Pero no está aquí? ¿Será posible que Vds. no la hayan ocultado por arrebatarla á mi cariño?... Porque ha de saber Vd. que yo la amo con todo mi corazon, que no podré vivir sin ella?... Perdon, Ada, perdóname si te ofendo; porque estoy loco y soy muy desgraciado... exclamó el Marqués, en cuyo hermoso rostro se pintaba un dolor profundo.

—No me ofendes, porque yo no te amo ni te he amado nunca, contestó Ada; lo que quiero es ver las pruebas de que esa muchacha es mi hermana.

—Macrina te las dará, allí la tienes; dijo el Marqués, señalando á un banco cerca de la puerta, donde la anciana, con un envoltorio en la mano, habia caído medio desfallecida.

Las dos señoras corrieron hácia ella.

—¿No era hija tuya María? la preguntó la Condesa.

—No, señora: hace doce años que mi marido la encontró abandonada en un lodazal junto á la cruz de piedra en el olivar del Duque.

Era una noche crudísima de invierno; sentimos como á las doce de la noche tiros, despues lamentos, y tanto se repitieron, que mi marido se levantó, fué á ver lo que era, y á poco volvió con una niña de dos á tres años, que no hablaba apenas y no nos pudo decir su nombre.

—¿Y qué día fué?

—Aquí en esta cartera dejó mi marido una declaracion con todos sus detalles, y esta es la ropita que tenia puesta.

—¡Á ver! exclamó con ansiedad la ilustre dama, examinando la ropa, que toda estaba marcada.

En efecto, esta es la ropa de mi niña, las fechas que están en el papel están conformes con las que tengo siempre en la memoria, y que nunca he podido olvidar; pero me falta verla.

Tiene en el hombro izquierdo una mancha roja, y otra en el pié derecho.

—¡Es verdad!... vamos á verla. Ibamos huyendo á Francia, y nos robaron en el camino, y perdí á mi niña mas pequeña; pero tuvimos siempre la idea de que nos la llevarian los ladrones, y nadie sabe cuánto trabajamos por encontrarla, y la suma de dinero que ofrecimos al que la presentase!...

—Yo la cojí medio muerta de frio, nadie me la pidió, y la conservé como una hija; habiendo sido mi consuelo hasta este momento, en que la he perdido, y no pude menos de confesar á el señor Marqués el secreto de su nacimiento, dijo Macrina.

—¡Dios mio!... ¡Dios mio!... exclamó la Condesa llorando, y entregándose á una desesperacion inmensa.

—El Marqués, con señales del mayor abatimiento, había ido á sentarse en un banco, y se cubría el rostro con las manos.

En esto se presentó Enrique.

El rostro de Ada se iluminó repentinamente por un rayo de alegría.

—¿Qué sucede aquí? exclamó el jóven con la mayor sorpresa.

—¿Qué ha de suceder? dijo la Condesa, que encuentro á mi hija para perderla de nuevo.

—¿Qué hija?

—Mi Lucía, la niña que nos robaron cuando íbamos á Francia hace doce años. Vd. sabe que esa desgracia alteró mi salud y siempre me ha tenido preocupada y triste.

—¿Y quién le ha dado á Vd. noticias de ella? exclamó Enrique, herido por un nuevo pensamiento.

—Me las ha dado Macrina, en cuya casa ha vivido como hija suya.

—¿Luego María es Lucía?

—Sí, señor, respondieron todos á un tiempo.

—Pero se ha fugado, para mi mayor desdicha, dijo la Condesa.

—Albricias, pues, Condesa, y vámonos á buscarla, dijo Enrique con alegría.

—¿Pues cómo? ¿Vd. sabe dónde está?

—En un convento de Guadalajara, donde vengo de dejarla. Es la criatura mas angelical que he conocido!...

—¡Hermano!... dijo al Marqués, que le miraba atónito; déjame que te abrace y te felicite por tu pasión; María es digna de tí, y te ama con locura...

El Marqués abrazó á su hermano con la mayor emoción, y dijo luego:

—Vamos, Condesa; vamos á verla, y concédame usted su mano, porque la vida sin ella me es indiferente.

—Ada, aprovechando un momento, se acercó á Enrique y le dijo:

—¡Eso es!... cómo me olvida Vd....

—¡Nunca, Ada!... aunque no haya venido ayer, no se ha separado su imagen de mi corazón.

—¡Ah! Tendremos dos bodas en vez de una; ¡qué felicidad! dijo la Condesa; vamos, señores, vamos á Guadalajara, porque me parecen siglos los instantes que tardo en abrazar á la hija que he llorado tantos años.

EPÍLOGO.

Un mes despues de la escena que acabamos de referir, llegaron varios carruajes á Tórtola, y se detuvieron en el olivar del Duque, junto á la cruz de piedra. Fueron apeándose las personas que iban en ellos, que eran muchas, y al parecer todas de la primera nobleza.

Las dos familias del Conde y del Marqués estaban allí; al amanecer se había verificado el enlace de la condesita Ada con Enrique, y del Marqués con Lucía, y deseaban celebrar tan fausto acontecimiento junto á la cruz del olivar, que había desempeñado tan importante papel en la historia de la guardesilla.

Infinidad de criados llevaron y sirvieron una comida de

campo, que fué espléndida y suntuosa, pasando los recién casados unas cuantas horas en el olivar, disfrutando con sus familias y amigos de una felicidad incomparable y de una alegría sin límites.

La anciana y antigua Marquesa de Torrente abrazaba á su nueva hija la Marquesita, y besando su frente con el mayor cariño, la decía:

—¡Pero qué hermosa eres!... ¡Y qué feliz soy con llamarte hija mia!...

—¿No es verdad que tuve muy buen gusto, mamá? decía el Marqués sonriendo y sin soltar la mano de su encantadora esposa.

—¡Oh! excelente; no hubieras podido encontrar una compañera mas virtuosa ni mas noble.

La jóven los abrazaba vertiendo lágrimas de alegría y de felicidad.

Llevaba un rico vestido de brocado azul, con la misma soltura y elegancia que si le hubiera usado toda su vida.

Alanochecer ya, y cuando iban á marcharse, manifestó la jóven su deseo de que pasáran por Tórtola á dejar algunas limosnas á los pobres; ya en el pueblo había corrido la voz y se sabía que la guardesilla, como llamaban á María, era hija del Conde y esposa del Marqués; así fué, que se agolpaban á las calles para verla pasar.

Ella fué hablando á todos sus antiguos amigos con la bondad de siempre, entregó al señor cura una gruesa cantidad para que la repartiera entre los pobres, y al ir á subir al carruaje, vió entre otras mujeres á la tia Chiripa y á Manolo, que se escondía, porque no vieran las lágrimas que corrían de sus ojos.

—Amigos míos, les dijo llegándose á ellos; en el día de mi felicidad quiero que todos me amen, y anhele dar un abrazo á las personas que han rodeado mi infancia.

La tia Chiripa la abrazó, y sin poder contener su emoción, dijo:

—¡Ah!... Dios premia en el mundo á los buenos; no puedo dudarle, cuando la virtud de Vd. ha sido así recompensada.

—¿Ves, Chiripa? Para que veas si tenía yo razón al decir que iba á ser Marquesa, dijo Macrina, pavoneándose con orgullo detrás de la jóven.

—¡Dichosa tú, que vivirás al lado de ese ángel! murmuró Manolo.

Poco despues salían del pueblo, seguidos por las bendiciones de todo el mundo, y al esconderse el sol en el ocaso, pasaban por la cruz del olivar de regreso ya para su casa.

La nueva Marquesita asomó la cabeza por la ventanilla del coche, y vertiendo abundantes lágrimas, envió un tierno saludo á la cruz del olivar.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.



TEATROS.

Muy agradable es asistir á toda funcion dramática que despues de entretenernos y aún conmovernos produce en el ánimo un recuerdo tranquilo y apacible, al paso que causa honda pena presenciar la representacion de cualquier obra que deja un sabor acre y punzante, por más que en atencion á su mérito artístico le tributemos aplausos durante la ejecucion.

Estos sentimientos sin embargo no son hoy por desgracia los dominantes en la generalidad del público.

Presentar á sus ojos una fábula sencilla, en que no haya puntos terroríficos, en que se desarrollen afectos blandos y elevados, en que no aparezcan caracteres atrevidos aunque sean repugnantes, es darle un alimento que por fuerza ha de juzgar soso y desabrido. Su paladar, estragado ya por muchas causas que no es del caso enumerar, sólo da muestras de sensibilidad al contacto de la pimienta inglesa y de la mostaza. Ofrecedle tanto en lo sério como en lo jocoso una produccion del ingenio, con natural aroma y suave gusto, y la juzgará fruto sin jugo ni sabor; á la vez que paladeará como alimento preferible aquella en que la pasion llegue al extravío, en que haya deformidades morales, y en que se pongan en duda, cuando menos, las relaciones de lealtad y nobleza que por fortuna existen todavía en la sociedad.

Así nos ha hecho pensar, recordando antiguas convicciones hijas de la experiencia, lo que está pasando con el *D. Pedro Calderon*, original de D. Patricio de la Escosura, estrenado hace pocos dias en el coliseo de la ZARZUELA.

Dando muestras de admirable flexibilidad de talento, este distinguido ingenio de la corte ha escrito una comedia anecdótica á que sirve de protagonista el insigne autor de *La vida es sueño*, amoldándose por completo á las ideas que en España dominaban há dos siglos acerca del honor, la religion, los respetos sociales, la galantería y el amor; ideas no iguales seguramente en un todo á las que hoy sobre tales sentimientos constituyen el patrimonio del público. Para desarrollar su pensamiento se ha valido de la forma y de la accion propias de una de aquellas comedias del teatro antiguo, que tan admirablemente ilustró el mismo Calderon.

Cierto es que no hay en lo imaginado por el Sr. Escosura pasiones descompuestas ó ilícitas, tintas que hieran los ojos, pensamientos que aflijan al alma; pero tambien lo es que abunda en afectos elevados, en rasgos de suave ternura, en elegancia de cultura y cortesania. El existir lo segundo no ha podido suplir á lo primero en el concepto de varias gentes; de modo que la obra ha sido calificada de inocente por algunos que sin duda echan en ella de menos algunos de los delitos que castiga el Código penal. Eso de ser buenos todos los personajes que intervienen en la accion de un drama no merece disculpa en la teoría estética de muchos; y como quiera que la comedia del Sr. Escosura tiene tan gravísimo defecto, han puesto tasa á los aplausos que hubieran querido tributarle. ¿Qué importa que se produzcan bellos efectos, interesantes escenas, con la colision de encontradas pasiones, si estas pasiones no hacen sonrojar de

vergüenza al que las finje y al que las examina? Poco en verdad: con tales precedentes nada grande, nada enérgico se puede crear en la esfera del arte.

De este último modo deben pensar por desgracia muchos, segun demuestran las representaciones de *D. Pedro Calderon* con la escasa concurrencia que á ellas acude.

Siendo una comedia entretenida, interesante, culta, escrita con natural gallardía; significando un tributo de respeto y admiracion á la memoria del gran poeta que tanto honra el nombre español; evocándose en ella el recuerdo de otros insignes ingenios de nuestra madre patria; esta obra debió ser aplaudida sin restricciones, y ha sucedido lo primero mas no lo segundo; debió ser favorecida por la sociedad ilustrada de la corte, y sólo una exígua parte de ella ha concurrido á su ejecucion. Muchos, que sin duda tienen ojos de lince para los defectos y de topo para las bellezas, han debido enfriar en el ánimo de Madrid el agradable efecto causado en la noche del estreno por la comedia del Sr. Escosura, puesto que en ella se prodigaron al autor muchos y sinceros aplausos, haciéndole salir repetidas veces á las tablas, y en las siguientes ha estado medio desierto el teatro.

Por nuestra parte reconocemos que dicha obra carece de la perfeccion apetecible y de efectos escénicos nuevos y vigorosos, pero á pesar de todo la tenemos en elevado aprecio por el noble espíritu que la anima, por la elegante forma que la reviste, por el grato recuerdo que deja en el alma. — Reciba el Sr. Escosura nuestra insignificante, si bien desapasionada enhorabuena.

Al fin de *D. Pedro Calderon*, que consta de tres jornadas y que como fácilmente supondrán las inteligentes lectoras están escritas en verso, se ha unido un apéndice poético-fantástico, compuesto á propósito por el mismo autor para conmemorar el aniversario del fallecimiento del ilustre ingenio.

Si en la comedia abundan los sentimientos generosos y patrióticos, en este final forman la esencia y el todo del mismo, pero la parte literaria en que están desarrollados es menos feliz que la de aquella, á consecuencia de la premura con que ha sido escrito.

Poco, muy poco satisfactoria es la ejecucion de esta obra dramática.

En su desempeño tomaron parte los principales actores de la compañía, y á no dudarlo se sienten animados por laudable deseo del acierto, pero el resultado no corresponde á los esfuerzos. Sea por escasez de facultades, sea por haberse perdido la tradicion de la manera con que se representaban antes las comedias de capa y espada, lo cierto es que la de *D. Pedro Calderon* ha adolecido de falta de colorido y expresion poética. En quien mas se ha echado de ver ha sido en el Sr. Tamayo encargado del papel de protagonista. Teniendo necesidad de dar á algunas escenas viva expresion dramática, como por ejemplo los finales de los actos primero y tercero, no lo ha conseguido sin embargo, careciendo por lo tanto de relieve el movimiento apasionado de afectos

que en dichos pasajes demuestra las palabras que pronuncia.

La producción de que hablamos ha sido puesta en escena con propiedad y decoro, con lo cual se honra mucho al

director de ella y á la empresa que le habrá suministrado cuantos medios se requieran para conseguir ambos fines.— Hoy no es posible ya prescindir de tales circunstancias.

DIEGO DE RIVERA.

LABORES.

Una tira de *crochet tunecino* de dos colores, y bordada encima á punto de *tapicería y pasado*, representa el grabado de hoy, y su uso puede ser para alfombra, portier, almohadon, etc., alternando una tira de *crochet* con otra de cachemir ó terciopelo. Su dibujo consiste en un fondo de lana azul con cuadros hechos al mismo tiempo de lana blanca, para lo cual hay que trabajar con los dos colores á la par, en esta forma:

Principiase con azul por una cadeneta de 23 puntos, y se hace encima una vuelta tunecina con el mismo color: se retrocede con el mismo, y á la vuelta siguiente se hace con el estambre blanco el punto del centro de los veinte y tres, concluyendo todos los demás puntos con el estambre del fondo, dejando la otra hebra por debajo, y volviéndola á tomar á la vuelta siguiente para sacar el mismo punto blanco con blanco. A la otra vuelta se hacen todos los puntos del fondo con azul, menos los dos de los lados del blanco, que se hacen con blanco, y así se va ensanchando el cuadro blanco sobre lo azul, tomando siempre un punto de cada lado, hasta llegar á la mitad del cuadro, que constará de veinte y un punto, desde lo cual se van cubriendo con azul los puntos

de las orillas blancos, volviendo á llegar al ángulo del cuadro con un solo punto, y entonces se principia el otro de igual manera, como muestra el dibujo.

Terminada la tira, falta bordar á punto de lomillo, ó tapicería comun, todos los puntos blancos de la orilla del cuadro con estambre azul mas oscuro, atravesando la cruz con una puntada blanca: despues, con el azul mas claro se borda al *pasado* la estrella del centro, fijando cada punta de la base al extremo del rayo, contando los puntos que cada uno cubre, y rellenando el centro ó semilla con nudos de estambre dorado ó cuentas de ámbar. De uno ú otro modo, la estrella bordada con buen estambre de Berlin azul sobre el fondo blanco, resulta de muy buen efecto. Las tiras de terciopelo pueden ser del mismo azul, carmesí, ó de cachemir blanco, resultando un *portier* del mas esquisito gusto.

Tambien pueden combinarse tiras de dos distintos colores é igual dibujo, alternándolas, aunque resultaria no de tan buen gusto como la combinacion anterior. El portier debe forrarse de lana ó seda, poniéndole una lijera entrete-
la de algodón en rama.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 852, bis.

NUM. 1. Gorra de muselina, con entredoses bordados y guarnicion de encaje.

NUM. 2. Toquilla de tul bordado, adornada de terciopelos color de lila, y terminada con grandes barbas, flotantes por la espalda, que nacen de un lazo cogido en el pelo.

NUM. 3. NIÑA DE OCHO Á NUEVE AÑOS.—Cuerpo, falda y saya de tela de Vichy, color mahon, con bordados de trencilla negra perlada, y madroños de seda blanca.

NUM. 4. Camiseta y manga de encaje de Bruselas, perlado de abalorio blanco, y flequillo de lo mismo.

NUM. 5. Cuerpo de muselina lisa, de forma *peplum*, guarnecido de entredoses de encaje y cinta de seda, color de Magenta. La parte que cae por detrás sobre la falda es parecida á la de adelante, á excepcion de que no lleva el pico del centro.

NUM. 6. Cuerpo de muselina. La parte superior va plegada: un volantito de guipure figura el escote y guarnece los contornos: bieles y botones de seda azul sirven de adorno. La parte que queda debajo del cinturon es igual por detrás que por delante, sino que por detrás no sube hasta la cintura como por delante.

NUM. 7. Cuerpo, sin mangas, de muselina plegada, adornado de entredoses bordados, cintas y botones de seda verdes.

NUM. 8. Cuerpo de muselina lisa, sin mangas, todo plegado, guarnecido de encaje y de medallones bordados, que forman tirantes por delante y berta por detrás.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.

